

cielos. El exceso de cultura ha concluido por apagar ó falsear todos los sentimientos aquí en Toscana. Allí estaremos mucho más cerca de la Naturaleza y por consiguiente mucho más cerca de Dios. Los bosques nos servirán de asilo. Cada montaña será un trono donde se levante vuestra hermosura y cada piedra un ara donde yo me arrodille á prestaros culto. Como las aves tienen un nido, nosotros tendremos una caverna que nuestras ilusiones poblarán de luminarias tan bellas como los rubíes y los diamantes con que un pobre potentado pudiera ornar sus palacios. No hay adorno para la hermosura como la guirnalda tejida por manos de rendido amator. No hay espejo veneciano donde pueda mirarse como el cristal de los serpenteadores arroyuelos. La brisa besará nuestros labios henchidos de besos. Las hojas nos ofrecerán mullido lecho de amores. Cuando veamos las estrellas levantarse al anochecer en los desiertos cielos nos miraremos como puedan ellas mirarse. Cuando oigamos el arrullo de las tórtolas y de las palomas suspiraremos como ellas suspiran. Yo cantaré mis amores acompañado por los acordes del bosque y de la onda. Y mi amada.....

—¿Qué oigo? ¿Me creis capaz de doblegarme á ese amor fingido que la imaginacion del artista describe con tan vivos colores por lo mismo que no lo siente el corazon del hombre? Jamás podria encenderse una pasion en mi vida que no estuviera animada por la esperanza de satisfacerla dentro de las leyes divinas y humanas. Pero si hasta ese punto mi corazon se descarriase, curárame en seguida, al ver la cautela desplegada en traerme hasta aquí para seducirme y engañarme.

No podria, pues, amaros, Filippo, no podria, porque me lo vedan mi pudor y vuestros votos. Pero si alguna inclinacion os tuviera, por mi fé os juro que se curara.

—No os engañeis, Lucrecia, á vos misma; no os engañeis con el rumor que levantan vuestras palabras á la manera de esos espantadizos que se asustan al ruido de sus propios pasos. Yo no he menester preguntaros si me amais ó no. Lo sé. Me lo ha dicho vuestra alma por traicion de vuestros ojos. ¿Qué venis á contarme á mí? Os he visto abrasaros en la mirada de un fantasma que preferia presentarse entre sombras á provocar un no asesino, cuyo eco no mas hubiera rematado su alma. He sabido que solo por amor á ese fantasma habeis renunciado al matrimonio mas ventajoso de toda Toscana. Os he visto temblar como un árbol herido por el rayo en la sacristia de este Convento cuando descubristeis la mirada del fantasma que os habia abrasado el alma en la retina del pobre Filippo Lippi. Desde aquel punto quisisteis engañaros y engañarme. Vuestro orgullo de mujer ahogó el grito de vuestro corazon de amante. Pero los ojos que relumbran á despecho de vuestra voluntad, los estremecimientos que os sacuden todo el cuerpo, lo pronto que venis á mi presencia, lo tarde que os vais, el empeño

con que insistis en reffrenaros y someteros á una conciencia ya sin voz, á una virtud sin fuerza, á una voluntad sin albedrío, me revelan, Lucrecia, que me amais como yo os amo.

—Es verdad.

Gritó Lucrecia deslumbrada por aquellas palabras; conmovida por el conocimiento que de su corazon tenia Filippo; arrastrada de propio instinto que la avasallaba; fuera de sí cual sucede á cuantos tienen una pasion, y que despues de haberla dominado muchas veces, suelen revelarla en un momento, ó bien de debilidad, ó bien de expansion.

—Es verdad, habeis dicho, es verdad. Convenis en que os amo como á mí mismo, y en que me amais de igual suerte que yo os amo. No podia ser otra cosa. Dios no habia de crear esa flor tan bella, y privarla de esencias y de aromas. Una fuerza ciega, que no podeis contrastar, arrastra vuestra alma al seno de mi alma, y tiende vuestros brazos hácia mis brazos. Querais ó no, somos el árbol y la yedra, la piedra iman y el hierro, la aguja y el lucero del Norte, dos seres que mutuamente se buscan, porque mutuamente se necesitan. La revelacion que ha hecho vuestra palabra completa la revelacion de vuestros ojos. El alma libre niega lo que dice la materia sierva. Podeis inventar un sofisma ó fingir una negativa; pero no podeis someter el corazon á los labios, los ojos á la voluntad. Me amais porque no podeis menos de amarme como yo os amo, porque no puedo menos de amaros. Vuestro albedrío está encadenado al amor. Aunque me hubiérais odiado, el fervor de mis sentimientos, el fuego de mi pasion, la intensidad de mis instintos, irradiándose á través de mis miradas, hubieran llegado hasta vos para deciros cuánto y cuán de veras os amaba mi corazon. Y debiais ser mas fria que el mármol para no dejaros ablandar como cera al calor de mi deseo. Me amais y os amo. Ahora creedlo, creedlo, creedlo, Lucrecia, os lo fio por quien soy; como nada conseguisteis contra las revelaciones interiores del amor, nada conseguireis contra su necesaria satisfaccion. Os acercareis á mí, yo me acercaré á vos, como al agua el sediento, como al fuego el aterido y helado. Somos uno de otro por toda la eternidad. Esa muerte, que lo avasalla todo, no estenderá su hielo, no, sobre un amor alimentado por llamaradas del alma, que suben instintivamente hácia lo infinito. Nos ha desposado la Naturaleza misma con lazos que no pueden desatarse. Nos ha confundido Dios con un amor tan poderoso como su propia omnipotencia. Tú, débil mujer ¿vas á ser mas fuerte que el amor, que la naturaleza y qué Dios?

Lucrecia habia escuchado toda esta exaltada peroracion de Filippo con el rostro entre las manos por no poder sufrir el rubor que le causaba la confesion involuntaria de su culpa y las encendidas palabras de su amante. Pero, al ver esta confianza en una correspondencia á todas luces deshonrosa para ella; se volvió como si la hubiera herido un áspid; se encaró con él á seme-

janza de una águila que se encara con el sol; se irguió con toda la altanería propia de un orgullo rayano en soberbia; y dijo estas solemnes palabras.

—Os habeis aprovechado bien cruelmente de un minuto de debilidad, comprensible á los años que cuento, y tras las amarguras que sufro. Me habeis ofendido creyéndome capaz de doblegar mi virtud á una pasión criminal, porque la he confesado en los desvanecimientos de un vértigo. Pero aun tengo la conciencia bastante luminosa y la voluntad bastante fuerte y la palabra bastante clara para deciros que antes que á vuestros brazos, me entregaré en brazos de la muerte. Renunciad, pues, á todas esas esperanzas insensatas que no lograrán jamás ni someter mi virtud ni empañar mi honra. Adios para siempre.

Y Lucrecia se levantó con serena majestad, saludó con profunda reverencia, y corrió con precipitación para ganar la puerta de la galería que daba al interior del Convento, cuando la detuvo y casi la petrificó en mitad de su carrera una voz que resonara en el otro extremo, en la puerta que daba al exterior, y que dijo en tono de solemne anuncio este nombre:

—El caballero Guido de Montaperto.

CAPITULO XII.

La confesion.

La pobre Lucrecia no huía tanto del fraile Filippo como de sí misma. Las exaltadas palabras pronunciadas por el artista, le revelaron claramente, no ya el amor que éste la profesaba, sino el amor que ella misma sentía. Y al verse tan desgraciada en el fondo de su conciencia, tan caída de la propia estima en la soledad del interior aprecio, tan cambiada y trasfigurada por aquel afecto imposible de satisfacer, según las leyes religiosas y morales, á cuya observancia ajustaba enteramente su vida, corrió como quien huye de voraz incendio, no sabiendo sin duda que llevaba el fuego, á cuyo siniestro resplandor se conmovía hasta aterrarse en la profunda intimidad del alma. Y á mitad de aquella vertiginosa carrera, una voz que pareció á su oreja aturdida por el oleaje de sus pasiones, voz sobrehumana, la detiene recordándole el nombre de aquel que le ofrecía un matrimonio sin sombras, una vida sin manchas, una honra sin eclipses, la estimación propia unida á la estimación del mundo y de las gentes. Si del primer arranque de su voluntad y del primer pensamiento de su inteligencia se dejara arrastrar, volviérase hácia Guido y dijérale que tornara al pie de los altares, y se unieran en el santo lazo desatado al impulso de la juventud y al rápido momento de arrebato. Mas en seguida se rehizo, y comprendió, á pesar de la perturbación en que cayera al torbellino de sus pensamientos, como, para escaparse á un amor imposibilitado de llegar hasta el matrimonio, no precisaba en ninguna manera, el hundirse en el extremo opuesto, en matrimonio sin amor. Acostumbrada á los combates múltiples de tempestuosa vida, tenía en su voluntad bastante fuerza y en su ánimo bastante entereza